

# ASTRALIS

LAS VIDAS DE  
DUMAS & RIGEL

ANTONIO J. BAZALO

Título original: Astralis: Las vidas de Dumas & Rigel.  
Licenciado bajo Creative Commons. Antonio J. Bazalo 2008.  
Nº registro propiedad intelectual: MA-2007-00703  
Barcelona. Julio de 2008.

Licencia Creative Commons: Se permite la libre distribución de la obra. Queda prohibida la distribución con fines comerciales. La libre distribución obliga al reconocimiento del autor original y a la no manipulación de la misma.

Visite la web oficial de Astralis en:

[www.astralis-saga.com](http://www.astralis-saga.com)



A ESPALDAS DE LOS DIOSES

-Prueba esto -me invitó, y acercó un vaso de dimensiones generosas. Asomé la nariz al interior, no esperaba que fuera vino, estaba reservado para los ricos, pero tampoco era agua.

-¿Qué hay bajo esta espuma? -le pregunté.

-Hanekt -respondió mientras se servía otro para él-. Es como el shedeh, pero se fermenta cebada en lugar de uvas. Bueno, eso si tienes dinero, si no se hace con trigo rojo, como es el caso.

Pasé la nariz por la espuma y quise intuir el sabor de aquel brebaje.

-No voy a envenenarte.

-No podrías aunque quisieras -le señalé.

Cuando me di cuenta estaba dudando seriamente de probar la bebida típica de los pueblos de Kemet; inusual en mí, que en mi afán por conocer las culturas surgidas a partir de la creación del Velo del Olvido me interesaba, muy especialmente, todo aquello que llenara el estómago y alegrase el paladar.

Así que, sin más dudas por mi parte, eché un trago. Y maldita sea, qué bueno que estaba. Les habíamos despojado de sus habilidades astrales y de las verdades más allá de la realidad, les conminamos a empezar desde cero, con la roca desnuda bajo sus pies y las hojas de parra tapando sus vergüenzas, pero ya nos habían superado en algo. Habían fermentado el alcohol más delicioso imaginable.

Pasamos horas y horas charlando a la luz de una vela. No sabría decir con qué material estaban hechas, nunca lo descubrí, pero podían durar meses antes de que las apreciaras menguar de tamaño.

Rigel me habló de cómo vivió la guerra entre Marte y Sirio. No luchó en el frente ni abandonó Gaia, pero su padre hizo una notable fortuna como contratista de obras. Aprobaba proyectos para instalaciones militares del bando marciano.

Nunca se llevó bien con su familia de entonces, así que, cuando descubrió nuestra intención de crear el Velo y borrar los recuerdos de los humanos, hizo lo imposible para ser seleccionado como uno de los mil señores de Astros. Naturalmente, no fue elegido, no era quien para ello.

Y sin embargo, demostró ser extremadamente astuto en una cosa.

No me dio muchos detalles sobre cómo consiguió preparar su plan, pero sí me explicó su funcionamiento. Vive, muere, y cuando supera el mar de las Akasias mantiene consigo sus recuerdos. Después vuelve a la vida bajo una nueva identidad, pero trae consigo todas sus experiencias. Durante los primeros años no recuerda nada y se limita a ser un bebé normal y corriente. Al llegar a los tres o cuatro años de edad, ¡chas! El auténtico Rigel Alnilam despierta en su interior.

Su pastiche don de la inmortalidad.

-Te propongo un trato -dijo Rigel-. Yo te cuento por qué aquel siervo quería matarme y tú a cambio me dices por qué estás aquí. Porque créeme, no estás ante ningún necio. Sé que no me salvaste por una casualidad. Me vigilabas.

-Vaya, qué poco discreto me he vuelto -asumí-. De acuerdo pues, es buena noche para confidencias.

-Empiezo yo, entonces -dispuso-. Mi padre era herrero, el mejor a este lado del Iteru. Construyó la que hasta ahora es la mejor barcaza ceremonial que se haya creado en ofrenda a Amen.

-Lo sé -le dije-. Lo llamáis Userhat, ¿cierto?

-Cierto. Mi padre obtuvo una muy generosa recompensa por aquel servicio, pero no la disfrutó durante mucho. Él era laico, y se negó a ofrendar a ningún dios. Una noche, mientras dormíamos, saquearon la casa y le prendieron fuego con nosotros dentro.

Rigel soltó su vaso, se agachó, se quitó su sandalia izquierda y levantó la pierna por encima de la tabla de la mesa.

-¿Ves esto? -me enseñó la parte anterior y me mostró una gran marca de quemadura-. Es lo que me ganó por intentar salvar a mi padre, después de que éste me tirara por una ventana para salvarme a mí.

-Por la nobleza de un padre -brindé, y di un gran sorbo de Henekt-. Continua.

-Eh, sí -bajó la pierna y recogió su vaso-.. Yo sirvo al gran sacerdote de la casa de la diosa Hut-Hor, y el faraón decide en estos días a quién encargará la construcción de la barcaza de esta estación. La casa de la diosa Maat quiere ganar este conflicto a cualquier precio, y el precio soy yo.

-Qué absurda es la competencia entre idólatras -comenté, aburrido de este tipo de trifulcas insípidas.

-Ten cuidado de que no te oigan decir eso en estas tierras, son sus dioses. Llamarles idólatras es una gran ofensa.

-¡Tú y yo sabemos que sus dioses no existen! -me quejé, que un conocedor de la verdad acerca de los planos astrales defendiera a los creyentes teístas era del todo inaceptable.

-Naturalmente que lo sé, es un consejo de... amigo, para que no te metas en problemas. No sólo conozco la verdad del funcionamiento del mundo, en esta vida se me ha dado una educación laica, tal y como fue mi padre.

-Pues no lo parece. Tu padre fue laico pero construyó un símbolo religioso para el anterior faraón. Y tú prestas servicio a un sacerdote y te preparas para seguir los pasos de tu padre.

-Era trabajo, Dumas. Oro, así funciona el mundo ahora. En cuanto a mí, digamos que tengo mis propias ambiciones. Y apuesto a que ni tú las sospechas.

-No creo que sean superiores a las mías, mi inesperado colega.

Rigel se levantó, echó un vistazo por la ventana, se cercioró de que seguíamos sin ser escuchados y volvió a la mesa.

-Mis ambiciones, Dumas -dijo en voz baja-, no acaban con el Userhat para Amen. Llegan hasta la sala del trono, en donde seré recibido por el faraón. Y entonces, algo trágico le ocurrirá a nuestro amado monarca.

Resultó que sí, era más ambicioso que yo. Peligrosamente ambicioso.

-Quieres matarlo -comprendí para mi asombro.

-¿Has visto las tierras del norte, Dumas? Los obeliscos y las pirámides no se siembran, no brotan alegremente de la tierra negra. Se están levantando con la sangre y el sudor de millones de hombres esclavos. Las casas de los distintos dioses atosigan al faraón con sus absurdas reclamaciones de templo y grano para sus estúpidas

deidades de ficción, y éste, creído en su propio dogma de que el faraón es un dios encarnado, accede a todo. Sí, Dumas, pasaré a Nefer-Jeperu-Ra Amen-Hotep a cuchillo y lo mandaré a la ciudad de Necher-Jertet, de donde no volverá jamás. Un nuevo faraón subirá al trono, destruirá los templos, sancionará el culto y declarará la laicidad del estado. Los esclavos serán libres al fin y la lucha entre adoradores de dioses de fantasía dejarán de asfixiar al pueblo de Kemet.

En aquel punto, Rigel Alnilam finalizó su explicación sobre cómo llevar a cabo el magnicidio. Pero se le olvidó un mencionar un pequeño detalle que mi instinto supuso correctamente.

-Y dime, herrero -pronuncié lentamente con ánimo de menospreciar su condición-, ¿a quién pondrás en el trono de Kemet cuando Amen-Hotep haya muerto?

Pareció darle igual mi forma de mostrarle que ya sabía la respuesta, y me lanzó la más sobrevalorada de las sonrisas.

-A mí.